



LA ISLA DE LA PIEDRA

A. M. GALVEZ

LA ISLA DE LA PIEDRA

A. M. Gálvez

Todos los derechos reservados

Copyright © Ana M. Gálvez, 2016

Contacto: laisladelapiedra@gmail.com

Diseño de portada: Julio Freyre

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del titular de los derechos.

Para Henry

“Entonces bautizaron al niño y, mientras lo hacían, él se sumergió en el mar. Inmediatamente, al estar en el mar, el chico tomó su naturaleza y nadó como el mejor de los peces que ahí había. Por esa razón lo llamaron Dylan, el hijo de la ola. Debajo de él ninguna ola nunca se rompió...”

El Mabinogion

PARTE I

I. El Fin

La muerte de mi padre me destrozó. Me dejó preso de un luto inexpirable. Lamentablemente, solo. Salí del asilo y caminé por *Columbus avenue* rumbo a casa. Ni el continuo pitar de cien cláxones enloquecidos ante un tráfico inamovible, ni el bullicio de un grupo de turistas perdidos en busca del Museo de Historia Natural, ni los gritos provenientes de una reyerta entre hombres de acento boricua lograron aturdirme tanto como las últimas palabras de Papá. ¿Qué significaba su confesión? ¿Por qué había guardado, para sí, un secreto de esa magnitud?

Mi vida entera se precipitaba en caída libre. De pronto, como un pelícano en plena caza, me abalanzaba en picada sobre un tempestuoso mar de incertidumbre.

Me detuve en una esquina, justo en un local que ofrecía embutidos y productos selectos. Fijé mi vista en los vidrios del aparador. Mi figura se reflejaba sin contornos, recortada por viejos carteles de pastramis y salchichas. No me reconocí. Tenía el rostro envejecido... Hacía varios meses que apenas conseguía dormir un par de horas por noche. Las lágrimas comenzaron a escurrirme. Fui incapaz de contenerlas.

Es cierto que la relación entre Arthur y yo no siempre fue perfecta. Hubo años en los que yo soñaba con huir de casa para no verlo nunca más, ansiando que llegara la hora de librarme de sus reglas autoritarias, de sus ataduras morales. Épocas en las que discutía con él hasta dejarme dominar por la cólera; hasta verme transmutado en un mons-

truo verde de musculatura aniñada; hasta resurgir en la piel del furibundo señor *Hyde*.

Sin embargo, al término de toda esa rebeldía, encontré en Arthur al compañero perfecto. ¡Cuánto lo iba a extrañar! ¡Cuánto lo necesitaba para aclarar las inquietudes y miedos que ahora se agolpaban en mi cabeza!

Al llegar al *Butler Hall*, Juan, el portero del edificio, me recibió efusivo y señaló mi correspondencia. Yo lo saludé sin ganas. Descortés, y con los sobres en mano, me paré frente al elevador. Enseguida una multitud se reunió en el mismo sitio. Ahí estaban la familia de coreanos del sexto piso —esto lo intuí al ver a su miniperro, pues no era infrecuente que en mi techo se escucharan pequeños y exasperantes ladridos—, repartidores de comida del restaurante tailandés de la 108, y un grupo de estudiantes que hablaban con entusiasmo de la cadena de suministro de los *da-bbawala* en la India.

Aunque yo estaba sumido en mis propias reflexiones, aquella aglomeración de personas y olores casi me genera un ataque de pánico. Decidí subir por las escaleras.

Inmerso en la soledad de mi habitación, abrí el armario y me apresuré a sacar el baúl de piel. Necesitaba hurgar con urgencia en las profundidades del desvencijado bulto. En otros tiempos, este había sido un elemento protagónico en mis viajes. Además de cargar con pertenencias básicas, yo lo atiborraba de libros, brújulas, telescopios, así como de un sinfín de instrumentos oxidados y en desuso. Ahora, sólo se desbordaba de melancolía. El paso de los años también saturaba su apariencia, lo moteaba con des-
cuido.

En su interior hallé una caja de cerillos en la que se leía «El vikingo» y una colección de tarjetas telefónicas de chip. Los cogí y me aferré a ellos. Había, quizá, otros quince objetos, pero eran objetos vacíos, sin contenido ni memoria. Mi vínculo con ellos se había roto hacía mucho... Me dirigí al basurero. Sólo sobrevivirían los cerillos y las tarjetas. Les había conferido el valor de relicarios.

Sintiéndome un poco más ligero, me enfoqué en el arsenal de documentos enterrados en el baúl. Se trataba, en su mayoría, de cartas y recortes de periódicos fechados décadas atrás. Confiaba en que estos resguardaban la clave que me ayudaría a hilar la trama de mi existencia.

Transcurrieron los minutos y mi organismo empezó a comportarse como una máquina automática. Una y otra vez repetía la misma secuencia: el temblor en las manos, el parpadeo incesante de mi ojo izquierdo, la contracción irregular de mi laringe emitiendo sonidos guturales. A pesar de mi estado, continué escudriñando cada trozo de posible «evidencia». Fue una búsqueda infructuosa.

«¿Qué estoy haciendo?». En un arranque de frustración, rompí un montón de papeles y los arrojé al aire. El falso confeti cayó tapizando el suelo. Me derrumbé.

Recostado sobre la duela de madera rojiza me fui encogiendo hasta que mis rodillas rozaron la parte inferior de mi quijada. Escuché mis propios latidos. Cerré los ojos.

Reconfortantes y oportunas, las notas de un violín se colaron por la rendija de mi puerta. La música salía del departamento ubicado al fondo del pasillo. En el 5-F vivía Olivia, uno de los grandes talentos de *Juilliard*. En realidad, nunca me interesó conocer a mis vecinos —yo sufría de al-

gún grado de despersonalización urbana—, pero con ella fue diferente. Después de coincidir en dos o tres ocasiones en la lavandería del sótano, nuestra amistad fluyó libre y ligera.

Esa tarde, al escucharla, pensé en tocar a su puerta para decirle que el momento temido había llegado. Ambos lo esperábamos ya. Ella estaba conmigo cuando los doctores me explicaron el pobre pronóstico que enfrentaba mi padre. Tuve unos cuantos meses para digerir la noticia, mas lo cierto es que no hay antídoto conocido que evite el sufrimiento que aqueja al ser humano al ver a la persona amada convertirse en polvo.

Aunado a esa tristeza, me sentía trastornado. Desorientado. Amnésico. En su lecho de muerte Arthur me había confesado algo que alteraba de raíz mis creencias. Pero, ¿cómo indagar más allá del delirio de un moribundo?

Estuve a punto de levantarme, dispuesto a atravesar el corredor, cuando Olivia interpretó *El Invierno* de Vivaldi. Ella ejecutó la pieza con tanta pasión que de inmediato el *allegro non molto* heló mi consciencia. Dormí por varias horas.

Desperté. No quedaba rastro del desorden hecho. Sobre mi espalda ya no había documentos ni timbres postales, sino una colcha afelpada color marrón. Un dolor agudo me electrizó la mano derecha; tenía los dedos contraídos y del esfuerzo se veían violáceos. Mis falanges pulverizaban una fotografía. La tomé por el reverso. Había una frase escrita en el papel satinado:

Dylan, la imaginación te dará el poder para transformar tu vida.

Por un instante creí reconocer la caligrafía de Mamá, mas el tipo de inflexión que aparecía al término de las letras me hizo dudarlo. ¿Dónde había visto yo una escritura así?

Contemplé la imagen. Ahí estaba yo sentado tras una mesa de la que colgaba un mantel de franjas azules y amarillas. Encima del mueble había un enorme pastel cubierto con betún de chocolate. Al postre lo decoraban dos velas blancas que anunciaban con su silueta los números uno y tres. Festejábamos mi cumpleaños; habían pasado dos meses desde que abandonamos la isla para siempre... Quise revivir esa tarde, pero en eso sonó el timbre.

Era Olivia. No tardé en ponerla al corriente de la situación. Ella me abrazó con fuerza luego de susurrar un obligado: «Lo siento mucho».

—Lo vamos a extrañar —agregó.

En los meses previos ella había sido una visita constante en el asilo. Era muy cercana a mi padre, lo trataba con cariño y paciencia. No estoy seguro de habérselo agradecido.

La invité a sentarse y puse a calentar agua en la tetera. Olivia tomó la fotografía que dejé sobre la mesa al escuchar el timbre y la analizó.

—¡Qué tarta más grande! No parece que tuvieras muchos invitados —reflexionó.

Su comentario me dio una idea. A ella podría contarle mi historia. Ella podría ayudarme a desenmarañarla. Na-

die mejor para hacerlo. Olivia era observadora y atinada.

Sin explicarle mis verdaderos motivos, sin decirle que existía una revelación en la despedida de Arthur que me obligaba a confrontar el pasado, le dije que tenía ganas de compartir con ella las anécdotas más vívidas y felices de mi infancia. Los mejores días junto a Papá. Sólo así conseguiría su opinión sincera. Sólo así obtendría un juicio imparcial.

—¿Tienes tiempo? —le pregunté.

Ella desabrochó sus botas altas color vino tinto, dejándome entrever su respuesta.

—No omitas detalle. —Sonrió, expectante.

Poco a poco fue reapareciendo en mi mente mi extensa colección de aventuras. Una a una las iría desempolvando. Les sacaría lustre.

Acerqué las tasas.

II. La Isla de la Piedra

—Dylan, ¡despierta! ¡Hemos llegado! —exclamó mi madre mientras aplaudía de modo imperativo.

Desde hacía un par de horas yo me hallaba echado en una pequeña litera. Viajábamos dentro de un apretujado camarote en el que la luz solar no lograba colarse por ningún sitio. Los ojos de buey habían sido cubiertos con oscuras y gruesas mantas. Esto con el fin de evitar que el vértigo de mi padre, ocasionado por una infección en los oídos, y exacerbado por la contemplación del vaivén de las olas, empeorara. Ahora que el barco se había detenido, ella descubría las ventanas con desmedida energía.

Subimos presurosos a la cubierta principal, impulsados por unas tremendas ganas de pisar el suelo. Una vez ahí, se nos reveló un cuadro cuya autoría bien podía atribuirse al más grande pintor postimpresionista.

Pinceladas de todos los grosores delineaban el ambiente, resaltando los trazos salvajes e inmemoriales de la naturaleza. Entonces descubrí una nueva dimensión, una en la que las ideas y el mundo tangible se funden a través de los colores.

En el cielo, estelas anaranjadas, rojas, moradas y amarillas se envolvían unas con otras para luego serpentear a lo ancho del horizonte. «Es imposible no pensar en el lienzo de la *Noche Estrellada*», había dicho Papá. Cuando de paisajes marinos se trataba, Arthur, mi padre, solía evocar a J. W. Turner, pero en este caso lo omitió. Haberlo citado habría sido un grave error de juicio. Lo que veíamos era casi una alucinación psicodélica.

Una túnica de lentejuelas engalanaba la superficie del mar; se ceñía a sus ondas, las acentuaba. Los seductores ademanes del océano se volvían embriagantes. Efectos ópticos no menos llamativos se apreciaban con el reventar de las olas: destellos verdes y azules nacían de la espuma y se dispersaban en direcciones infinitas.

—¡Es el atardecer más bello que he visto! —afirmó un joven tripulante.

En tierra firme, la playa reverdecía decorada por cientos de palmeras alineadas a lo largo de los más de 15 kilómetros de costa. Bajo el resguardo tropical de los cocoteros se acomodaban los balnearios. Con este término eran conocidos los restaurantes de la zona que exhibían, como estructura principal, una gigantesca palapa.

Esos techos triangulares, armados con maderas y hojas secas de palma, me hacían pensar en las peripecias sufridas por *Robinson Crusoe* al construir sus refugios... Porque, ¿quién no piensa en aquel náufrago al hallarse en una isla?

De las cocinas de los balnearios se desprendían desconocidos aromas que invitaban a mis glándulas salivales a trabajar con rapidez. La Isla de la Piedra nos recibía con todos sus encantos.

Nos encontrábamos en las coordenadas 21° 17' 23" Norte, 112° 12' 9" Oeste. Una línea recta e imaginaria, de unas 340 millas náuticas, nos conectaba con el puerto de Mazatlán. Al sur de esa ciudad, el litoral mexicano se interrumpía por un enorme hueco; espacio que quizá, en otra época, estuvo ocupado por aquella ínsula que ahora flotaba solitaria e independiente en la inmensidad del Pacífico.

Georgina, mi madre, bióloga marina de profesión, convirtió en costumbre familiar pasar ahí la temporada de la canícula. Los nueve meses restantes nuestra vida transcurría en una casona de ladrillos rojos edificada en el siglo XVII. Se ubicaba al final de la *Mansion House Street*, en Newbury, Inglaterra. En ese condado de Berkshire, mi padre dirigía una filial de la próspera empresa *The 9 on Avon*. Durante junio, julio y agosto el negocio quedaba a cargo del tío Henry, y nosotros partíamos a nuestro lejano y caluroso hogar en México.

Atrás habían quedado las primeras décadas del siglo XXI cuando desembarcamos en la isla por primera vez. Fue justo al final de la *Guerra*. Mamá estaba impaciente por retomar sus investigaciones.

Todavía recuerdo su alegría desbordante al llegar: su sonrisa ancha y confiada; sus cabellos dorados cayendo en espiral más allá de sus clavículas; la cámara fotográfica colgando de su hombro izquierdo; sus ojos, inusual mezcla entre el zafiro y la esmeralda, abiertos de par en par absorbiendo el entorno; la pañoleta de flores violetas alrededor de su cuello, que siempre iba cubierto por delgadas telas que pretendían ocultar un singular hemangioma... A pesar del cansado viaje, ella lucía radiante y fresca. En cambio, a mi padre y a mí las ojeras nos delataban como *gollums* hambrientos.

La pasión que mi madre sentía por los manglares, árboles que dominaban el suroeste de la isla, era la que nos llevaba, cada año, a realizar la agotadora travesía.

Fueron sólo tres los veranos que visitamos el trópico, pero en ese lapso sucedieron tantas y tan extrañas cosas